

REFLEXIONES

La casa en la playa

■ Voy caminando por el Paseo Ahumada y al llegar a la esquina de Huérfanos, alcanzo a escuchar lo que conversan dos caballeros sesentones de próspero aspecto.

“¿Sabes cuáles son mis planes?, dice uno de ellos con juvenil entusiasmo. Deslígarme luego de todos mis negocios, vender la casa en Santiago e irme a vivir a Santo Domingo”.

El que ha escuchado asiente y sonríe, mientras yo me alejo preguntándome cuántas veces he escuchado esa misma frase, en la que la variante es sólo el nombre del lugar al que el contemporáneo Robinson Crusoe se retirará de la diaria lucha ciudadana. Porque “la casa en la playa” o “la parcelita en el campo” es el sueño secreto de nuestro hombre de la ciudad, que agobiado por la gimnasia bancaria y la otra; contaminados sus pulmones por el smog ambiente y sus oídos por los transitores ambientes, anhela la tranquila y serena soledad.

De algún modo, en nuestra conciencia colectiva han quedado sonando los versos que aprendiéramos en el colegio y por los cuales Fray Luis de León hacía el elogio a la vida campestre:

“¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo
han sido!”.

Como en la Biblia, sin embargo, muchos son los llamados y pocos los elegidos. Si el entusiasta caballero de Ahumada con Huérfanos tuviera la voluntad de llevar a cabo sus propósitos, advertiría pronto que otra cosa es la realidad. Querámoslo o no, estamos contaminados por la ciudad. El aire puro ya no se acomoda a nuestros pulmones; el canto de los grillos, después de una semana, termina siendo

más monótono que la música rock de las emisoras en F.M. y hemos perdido tanto nuestras vidas en idas y venidas, en reuniones estúpidas, que la apacible vida retirada sin mayores contactos humanos termina haciéndonos insoportable. En otras palabras, estamos estropeados para ese goce que alababa Fray Luis de León.

Cuando se visita un balneario en invierno y se advierte que la casi totalidad de las casas se encuentran cerradas, uno no puede menos que pensar que cada una de ellas es un monumento a esa lírica aspiración del hombre ciudadano de llegar un día a encontrar en ellas el reposo, la serenidad, la capacidad de reflexión, el gusto por las cosas simples que se añora como bien perdido, pero que cuando se está en posición de ir en su búsqueda se advierte que irremisiblemente se ha perdido el camino para encontrarlas.

Lo que sucede es que nada es más difícil para el hombre de nuestros días que la vida simple; pocas cosas hay que requieran más valor que el encuentro consigo mismo y nada más oneroso que el desprenderse de una rutina.

Todos ansiamos esa paz, esa tranquilidad, esa serenidad que implica el retirarse a la vida campestre o a situarse frente al siempre majestuoso paisaje que nos ofrece el mar. Pero si solemos repetir los versos iniciales de la oda de la vida del campo con lírico entusiasmo, ¿quién puede repetir estos otros versos que siguen más adelante, con entera convicción y sinceridad?

“Vivir quiero conmigo
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigos,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo”.